

me dicen sino bagatelas ó rumores populares ó contradicciones.

AL SEÑOR CONDE DE LA TOURAILLE

5 de Julio de 1774.

Me siento culpable respecto á vos; y tanto más culpable cuanto que, pensando absolutamente como vos, debía apresurarme á daros las gracias y á enviaros mi profesión de fe.

Si señor, me gustan más el *Tartufo* y el *Misántropo* que las comedias nuevas. Si, me atrevo á preferir á Racine á nuestros dramas, y considero á *Rolando* y *Armida* muy superiores á ciertas óperas. No pienso así porque tengo ochenta años, pues tenía el mismo gusto á los quince, y probablemente moriré impenitente. Veo que en todas las naciones del mundo las bellas artes no tienen más que una época de perfección: y pasado el siglo del genio, todo degenera á fuerza de ingenio.

Os agradezco muchísimo el que combatáis en favor del buen gusto; pero no conseguiréis que se aficionen de nuevo al vino de Borgoña individuos gastados que se emborrachan con mal aguardiente. Quédese esto entre nosotros, porque no hay que irritar á los borrachos; no entienden de razones ni de bromas.

Me dicen que tenéis un drama que se titula *El Vengativo*; pero no había más que representar á *Atreo*, que es el mayor vengador que se ha conocido jamás.

Contentaos con lo que os den; pasó ya el buen tiempo y se ha bebido el mejor vino. Ya sabéis, sin duda, que en el Evangelio daban siempre para los postres el vino más malo.

Dispensadme una vez más, os repito, el que tarde

tanto en escribiros. Soy el más descuidado de los hombres. Extravió todos mis papeles; voy como el siglo, y no sé lo que hago; pero sé muy bien lo que digo al renovaros la expresión de mi más respetuosa estima.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Julio de 1774.

Mi querido ángel: Más de un personaje de las tragedias de Corneille dice que se halla penetrado á la vez de alegría y de dolor. Esto me pareció en otro tiempo una especie de contradicción, ó por lo menos una idea demasiado rebuscada; pero comprendo ahora que puede haber algo de verdad en este galimatias. Vuestra carta del 27 de Junio me llena de placer; he aquí ahora mis dolores:

He emprendido un régimen que no me permite la menor fatiga; estoy extremadamente débil; mi pobre colonia exige mi presencia real, y tengo pendientes tres procesos por algunas yugadas de tierra. ¡Qué destino tan extraño el mío! Al cabo de veinticinco años de ausencia me preparaba á la felicidad de verme de nuevo entre mis dos ángeles, y veo que me es imposible partir por lo menos hasta dentro de dos meses. Por lo tanto, no podré gustar hasta Septiembre tan pura alegría.

AL SEÑOR CONDE CAMPI,

EN MÓDENA

Ferney, 8 de Julio de 1774.

Nardi parvus onyx eliciet cadum.

Hor., lib. iv, oda xii.

El *Diálogo de Pegaso y del viejo*, me ha valido, de vuestra parte, una carta que propondría á todos los

jóvenes como una lección de sensatez y de buen gusto. Es propio de un alma hermosa y de un espíritu recto sentir horror y desprecio hacia el discurso que Fotino dirige á Tolomeo en la *Farsalia*, y que Corneille ha imitado tan desdichadamente en su tragedia de *Pompeyo*, tan llena de grandes bellezas y de insoportables defectos.

Lucano incurre, en primer lugar, en una falta y en una contradicción que ha imitado Corneille: tal es la de decir que Tolomeo es un niño lleno de inocencia: *Puer est, innocua est aetas*, y la de añadir algunos versos después que Fotino aconsejó el asesinato de Pompeyo, como hombre que sabía adular á los perversos y que conocía á los tiranos.

Sed melior suadere malis et nosse tyrannos,
Ausus Pompeium letho damnare Photinus.

Lib. VIII.

Pero siempre he visto con pesar, y no tengo reparo en decirlo, que el Fotino de Corneille proclama mayor número de máximas perversas que el de Lucano, máximas cien veces más peligrosas cuando se recitan en presencia de los príncipes, con toda la pompa y la ilusión teatral, que cuando la lectura fría deja al espíritu libertad suficiente para darse cuenta de su atrocidad.

No me vuelvo atrás, ni conozco nada más horrible que estos versos:

Le droit des rois consiste à ne rien épargner;
La timide équité détruit l'art de régner.
Quand on craint d'être injuste, on a toujours à craindre;
Et qui veut tout ponvoir doit oser tout enfreindre,
Fuir comme un deshonneur la vertu qui le perd
Et voler sans scrupule au crime que le sert.

Habéis visto muy juiciosamente, caballero, que no solamente son execrables estas máximas, y no se de-

ben pronunciar en ningún lugar del mundo, sino que además son absurdas en las circunstancias en que se dicen. No se trata del derecho de los reyes; se trata de saber si se acogerá á Pompeyo ó si se le entregará á César.

Hay que agradar al vencedor, lo cual nada tiene que ver con el derecho de los reyes. Tolomeo es un vasallo que teme ofender á César, su señor.

He expresado sin reparo mi horror á todos esos lugares comunes, bárbaros, que inspiran horror á la honradez y al sentido común. He dicho, y he debido decir, cuán horribles y ridículos son á la vez estos otros versos que he oído recitar en el teatro:

Chacun a ses vertus ainsi qu'il a ses dieux...
Le sceptre absout toujours la main la plus coupable...
Le crime n'est forfait que pour des malheureux...
Qui lorsque de nos soins la justice est l'objet,
Elle y doit emprunter le secours du forfait.

No se pueden decir más malamente cosas más odiosas; sin embargo, hay gente de bastante mala fe para atreverse á excusar tan ineptos horrores. No hay mala causa que no encuentre defensor, ni buena que no tenga adversario; pero, á la larga, la verdad triunfa, sobre todo cuando se halla sostenida por espíritus como el vuestro.

Si no hay nada más odioso para la gente honrada que esos malvados de comedia, que hablan siempre de *crimen*, que gritan que el *crimen* es heroico, que la *venganza* es divina y que los *crimenes* immortalizan, tampoco hay cosa más insulsa que esas heroínas que nos aturden los oídos con su virtud. Es un gran arte el de Racine al hacer que Nerón no diga nunca que le gusta el *crimen* y que Junia no se vanaglorie de ser virtuosa.

Os pido mil perdones, caballero, por haberos dicho cosas que parecéis saber mejor que yo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

14 de Septiembre de 1774.

Mi querido ángel, no esperaba que vuestro hermano partiese antes que yo. Me avergüenzo de hallarme vivo cuando pienso en todas las víctimas que caen en torno mio. Mi corazón os dice: Vivid largo tiempo, mi querido ángel, en compañía de madama de Argental, como si esto dependiese de vos. En este mundo somos todos como prisioneros encerrados en el patio de una cárcel. Todos esperan que les llegue el turno para ser ahorcados, y cuando éste llega resulta que se ha vivido muy inútilmente. Todas las reflexiones son vanas, y todos los razonamientos acerca de la necesidad y la miseria humanas no son sino palabras que se lleva el viento. Siento á vuestro hermano y os amo con todo mi corazón; es cuanto puedo deciros.

Si tenéis tiempo de oír hablar de las tonterías de los vivos, os diré que vuestro protegido Le Kain ha escrito á un ginebrino estas hermosas palabras: «El calumniador Maupecu está en la Bastilla y le están formando causa». Esta noticia la han creído á puño cerrado en toda Ginebra. No hay ciudad de Europa que se interese más que ella por los negocios de Francia, pues mediante su habilidad ha logrado adquirir seis ó siete millones de renta sobre el tesoro real, mientras los galos de Paris van á la Ópera Cómica.

Nadie dudó un momento de que la noticia de Le Kain fuese verdadera; pues suponían que la había sabido por la voz pública. Pero tengo gran interés por

saber si el hombre acusado de haber calumniado á una persona muy respetable y muy amable, sería culpable, en efecto, de haber tomado parte en la intriga que se le imputa. Podéis decirme si ó no sin comprometeros.

Os he escrito por conducto de Madama de Sauvigny. Podéis dirigirme una palabrilla por conducto de M. Bacon, substituto del procurador general, y darme cuenta de todo lo que se dice.

Quisiera poder ir á veros, sin que se dijese: está en Paris. Cuanto más viejo me hago, más repito:

Moins connu des mortels, je me cacherais mieux;
Je hais jusques aux soins dont m'honorent les dieux.

Ángeles míos, ¡ojalá que podáis conservar muy largo tiempo la salud, sin la cual nada vale lo demás!

Agradezco en el alma la atención que habéis tenido de pagarme las nueve mil cuatrocientas libras; llegan como el agua de Mayo, porque la colonia me arruina. Me tomaré la libertad de girar contra vos, puesto que lo permitis.

Adiós, mi querido ángel; Paris es muy loco, y este mundo muy miserable.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

Ferney, 6 de Octubre de 1774.

Señora:

L'amour fit le serment, l'amour l'a violé.

Perdono á vuestra Majestad imperial y vuelvo á ser vuestro esclavo. Ni el gran Turco ni yo ganariamos nada con encolerizarnos contra vos; pero, si me atreviese, pondría una condición al perdón que concedo tan benignamente á Vuestra Majestad; sería la de saber si

el marqués Pugatschef es agente ó instrumento. No creo al marqués instrumento de Acmet IV, que escogía tan mal los suyos, y que probablemente no tenía nada bueno que escoger. Pugatschef no servía al Papa Ganganelli, ni tampoco estaba á sueldo del rey de China, del rey de Persia ó del gran Mogol. Diría, pues, con circunspección al tal Pugatscheff: Señor, ¿sois amo ó criado, obráis por vuestra cuenta ó por la de otro? No os pregunto quién os emplea, sino solamente si sois empleado; sea como quiera, señor marqués, creo que acabaréis en la horca; lo merecéis, no sólo porque sois culpable para con mi augusta emperatriz, que tal vez os indultaría, sino también con todo el imperio, que no puede perdonaros. Permitidme ahora que reanude el hilo de mi discurso con vuestra soberana.

Señora, ¿cómo mientras os ocupáis en lo relativo al sultán, al gran visir y á su ejército destruído, en vuestros triunfos, en vuestra paz tan gloriosa como útil, en vuestros grandes establecimientos y hasta en lo referente á Pugatschef, todavía halláis ocasion de fijar vuestra mirada en el livoniano Rose? Habéis adivinado que es un estafador y un bribón. La clarividencia de vuestra Majestad no se equivocó, y yo fui un imbécil en dejarme seducir por su cara rubicunda.

Este año no me es permitido aumentar la multitud de europeos y asiáticos que acuden á contemplar á la admirable autócrata victoriosa, pacificadora y legisladora. La estación está demasiado avanzada; pero pido permiso á vuestra Majestad para ir á ponerme á sus pies el año próximo, ó dentro de dos años ó de diez. ¿Por qué no habría de tener el placer de hacerme enterrar en algún rincón de San Petersburgo, desde donde os pudiese ver pasar y cruzar bajo vuestros arcos de triunfo, coronada de oliva y de laurel?

Entre tanto, me pongo á vuestros pies desde mi agujero de Ferney, mirando vuestro retrato con ojos siempre llenos de asombro y con el corazón transportado de júbilo.

EL VIEJO ENFERMO.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

Ferney, 19 de Octubre de 1774.

Señora, mi impertinencia no fatiga hoy á vuestra Majestad imperial hablando del carredondo livoniano Rose, ni del abogado Duménil, que quería ayudaros á hacer leyes por consejo de su padrino. Se trata hoy de un joven noble, buen geómetra, buen ingeniero, de excelentes costumbres y animoso; se llama De Murnan. Su familia es de la provincia en que resido. Se halla muy recomendado á M. Euler, á quien honráis con vuestra protección. Todos sus maestros hacen de él los mayores elogios.

Vuestra Majestad no debe sorprenderse de que desee apasionadamente entrar un joven oficial á su servicio. Lo que más aflige á este joven oficial, es que hayáis concedido tan pronto la paz al sultán; porque hubiera podido levantar el plano de Constantinopla, y contrarrestar al caballero de Tott.

No me corresponde tener la osadía de presentaros á nadie, pero Vuestra Majestad no me puede impedir que tenga envidia de cuantos tienen veinticinco años, que pueden ir á las orillas del Neva y al Bósforo, y servirlos con la cabeza y con la mano, y que, seguramente, serán predestinados si llegan á hallar la muerte en vuestro servicio. Es muy duro en estos casos tener que vivir retirado en el rincón de su hogar.

Me pongo tristemente á los pies de Vuestra Majestad Imperial, como un viejo suizo inútil.

Á M. DE CHAMPFORT

Ferney, 16 de Noviembre de 1774.

Caballero, cuando M. de la Harpe me envió su hermoso *Elogio de La Fontaine*, que no logró el premio, le escribí que era preciso que el que lo hubiese logrado fuese el discurso más perfecto que hayan podido ver todas las Academias del mundo. Vuestra obra me ha demostrado que no me había equivocado. Bendigo á Dios, en medio de mi decrepitud, por ver que hay hoy géneros en que se está muy por encima del siglo de Luis XIV; estos géneros no son muchos, y por eso os estoy doblemente obligado. Os doy gracias desde el fondo de mi corazón gastado, por los nuevos placeres que vuestra obra me ha procurado; todo lo que puedo deciros es que La Fontaine no hubiera podido jamás hablar de Esopo y de Fedro tan bien como vos habláis de él.

Á propósito, caballero, me echáis en cara, aunque con vuestra cortesía y gracia ordinarias, el haber dicho que La Fontaine no era bastante pintor. Recuerdo, en efecto, haber dicho en otro tiempo que no era un pintor tan fecundo tan variado ni tan animado como Ariosto, y esto lo decía á propósito de Joconda. Confieso la herejía que cometí contra el más amable sacerdote de nuestra Iglesia.

Más que nunca me hacéis comprender cuán encantador es La Fontaine en sus buenas fábulas; digo las buenas, porque las malas no pueden ser peores; pero ¡cuán superior es á él, y á todo lo que hasta ahora me

ha encantado, Ariosto, por la fecundidad de su invención, la profusión de sus imágenes, el profundo conocimiento del corazón humano, sin echárselas nunca de doctor, y por las bromas tan naturales con que sazona las cosas más terribles! Hallo en él la gran poesía de Homero, con más variedad, toda la imaginación de las *Mil y una noches*, la sensibilidad de Tibulo y las bromas de Plauto, mostrándose siempre maravilloso y sencillo. ¡Qué moral tan verdadera y tan regocijada en los exordios de sus cantos! ¿No os maravilla que haya podido escribir un poema de más de cuarenta mil versos, en que no hay un solo pasaje fastidioso, ni una sola línea que peque contra la lengua, ni un giro forzado, ni una palabra impropia? Y sin embargo, todo el poema está en estancias.

Os confieso que Ariosto es mi hombre, ó mejor dicho, un Dios, como dicen los de Florencia: *il divin Ariosto*. Perdonadme mi locura. La Fontaine es un muchacho encantador á quien amo con todo corazón, pero permitidme que me extasie ante mi Ludovico, que por otra parte ha escrito epístolas comparables con las de Horacio. *Multae sunt mansiones in domo patris mei*. En casa de mi padre hay muchas moradas. Vos ocupáis una de ellas. Continúad, señor, rehabilitando nuestro siglo, que yo abandono sin pesar, cuidad sobre todo de vuestra salud. Ya sé lo que es haber estado ochenta y un años enfermo.

Aceptad la estima sincera y los respetos del buen viejo Voltaire.

Siento en el alma morir sin haberos visto.

Á. M. DE LALANDE

19 de Diciembre de 1774.

Empiezo por daros gracias con toda mi alma por los volúmenes de astronomía que habéis tenido á bien prometerme. Es verdad que estoy casi ciego durante el invierno, y que no sirvo para hacer observaciones; pero os diré con Keill:

Thus we from heaven remote to heaven shall move
With strength of mind, and tread the abyss above.

Tengo á Keill y Gregory, sólo me faltáis vos. No hubiera abandonado esta clase de estudios si hubiera podido lisonjearme de tener en ellos tanto éxito como vos.

A propósito de astronomía, me confesaréis que si se admiran los *orreris* de Inglaterra,¹ que no son sino una miserable y pequeña copia del gran espectáculo de la naturaleza, se debe, con mayor razón, admirar el original, y que Platón no era un tonto cuando, despreciando y detestando todas las supersticiones de los hombres, declaraba que existe un eterno geómetra.

No me maravillo de que los bribones que han engordado con nuestra sangre se declaren contra mon sieur Turgot, que quiere conservarla en nuestras venas; y cuando haya necesidad de sangrarnos, sea en beneficio del Estado, y no de los financieros. Monsieur Turgot es, por otra parte, el protector de todas las artes, y lo es con conocimiento de causa. Es un espíritu superior y una hermosa alma. ¡Ay de Francia si abandona su puesto!

Adiós, caballero, los habitantes de mi desierto de-

1. Especie de máquias que representan los movimientos de los planetas.

sean apasionadamente tener el placer de volveros á ver cuando volváis por estas tierras. Conservad vuestras bondades al viejo enfermo, que os conserva el más tierno afecto.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

30 de Diciembre de 1774.

¡Ah! mi querido ángel, mi querido ángel, tengo que reñiros. M. de Thibouville, M. de Chabanon, y Madama Du Deffand, me hacen saber que voy á ir á veros por la primavera. Sí, quiero ir, pero...

No voy sino por vos, querido ángel; no puedo mostrarme á los demás. Paso las tres cuartas partes del día en la cama. Tengo que tener siempre puesto un gran gorro, pues á no ser por eso se me verían los sesos. Tomo medicamentos unas tres veces por semana; pronuncio muy difícilmente, pues á Dios gracias ando tan mal de dientes como de ojos y de oídos.

Juzgad por este hermoso retrato, que es sumamente fiel, si estoy en disposición de ir á París, *in flocchi*. No podría menos de ir á la Academia, y me moriría de frío en la primera sesión.

No teniendo portero ¿cómo podría cerrar la puerta á toda la canalla que pretende pasar por gente de letras, y que tendría la estúpida curiosidad de venir á ver mi esqueleto? Soy un ratón campesino que no puede vivir en París, sino en algún agujero muy desconocido, y que no saldría de él en el poco tiempo que allí permaneciese. Sólo vería á dos ó tres de nuestros amigos, después de haberles exigido juramento de no descubrir el ratón del campo á los gatos de París. Llegaría bajo el nombre de una de mis tierras; de suerte que no po-

drían acusarme de haber mentido, si tuviese la triste desgracia de ser reconocido.

Guardaos, pues, mucho, mi querido ángel, de autorizar esa horrible noticia, de que voy á veros en la primavera. Decid que no hay nada de ello, y yo voy á escribir expresamente en este sentido.

Sin embargo, consolaos de vuestras pérdidas con gozar de vuestros nuevos amigos, de vuestra consideración, fortuna, salud y de todo lo que puede hacer soportable la vida. Sois muy felices con poder ir al teatro; es un consuelo de que se privan todos los viejos magistrados, no sé por qué; era el de Cicerón y el de Demóstenes. Nuestro patio de la Comedia está lleno de pasantes de la curia y de oficiales de peluquero; en nuestros palcos se pavonean señoras que no saben nunca de qué se trata, á no ser que se hable de amor. Las piezas no valen gran cosa, pues desde la época de Racine no conozco ninguna buena, y antes de él habría, cuando más, unas quince escenas, hermosas; pero no quiero hacer aquí una disertación.

Mi joven me ocupa mucho. Si puedo llegar únicamente á descartar un testigo imbécil y muy peligroso, estoy seguro de que ganará su proceso por voto unánime. Sería preciso un abogado muy filósofo, muy generoso y muy discreto, que tomase las cosas con empeño, y que firmase una petición al guardasellos para obtener la libertad de ponerse en prisión y de hacerse colgar, si llega el caso. Estas órdenes, después de cinco años de constancia, no se rehusan nunca. Dejemos pasar las insulseces del día de año nuevo y el tumulto de Carnaval, después de lo cual veremos á quién pertenece la cabeza de este oficial. Su amo empieza á tomar las cosas muy á pecho, aunque no con el calor que yo. Considero su proceso como la cosa más importante, y que

puede tener las consecuencias más felices; pero es preciso que me ayude de Ornoi. De él dependerá disponer las cosas de manera que nada se omita, y que sea una simple cuestión de forma. Voy á trabajar por mi parte para descartar á ese imbécil testigo, único obstáculo que me embaraza; si no salgo bien en esta empresa muy seria, lograré por lo menos procurar alguna fortuna á ese oficial respecto de su amo. Los Frerón y los Sabotier no me impedirán hacer bien mientras viva. Divertíos, sacudid la pereza, ocupaos, queredsiempre algo al más viejo seguramente de todos vuestros servidores, que os amará tiernamente mientras tenga un soplo de vida.

Á M. DEVAINES

PRIMER OFICIAL DE HACIENDA

Ferney, por Lyon, 18 de Marzo de 1775.

Me hacéis, caballero, un regalo que estimo en mucho. Ya tenía el retrato de M. Turgot, pero he hecho poner en un cuadro el que he recibido de vuestra bondad, y lo he colocado á la cabecera de mi cama, á causa de los versos de M. de La Harpe. No solamente son buenos esos versos, sino que son verdaderos, lo que sucede muy rara vez con los inspectores generales. He colocado esta estatua enfrente de la de Juan Causeur. No quiere decir esto que Juan Causeur valga tanto como M. Turgot, pero es el caso que han grabado su retrato á la edad de ciento treinta años.

Aunque estoy confinado al pie de los Alpes entre la Saboya y la Suiza, me gusta aún bastante más la Francia para desear que M. Turgot viva tanto como Juan Causeur.

Os estoy muy agradecido, caballero, porque os dedicáis al cultivo de las buenas letras, que son generalmente lo que más se opone á vuestro empleo. La agricultura de que hago profesión no es tan contraria á ellas; pero la aridez de los cálculos es casi siempre enemiga mortal de la literatura. Dichosas las inteligencias rectas que logran á la vez ambas cosas.

Os doy gracias por vuestras bondades. Tengo el honor de ser, con la estima más respetuosa, vuestro, etc.

Á M. THIBOUVILL

20 de Marzo de 1775.

No os diré lo que he dicho á M. de Argental; hay cuatro ediciones del *Don Pedro* de ese joven, en quince dias; pero Dios me preserve de que hubiese una sola representación. Os repito que si Le Kain sólo puede desempeñar el papel de Du Guesclín, no ha habido nunca sino mademoiselle Lecouvreur que pudiese dar realce al de Leonor, y sólo Barón era á propósito para *Don Pedro*. No tenéis en el Teatro Francés sino Polichinelas y cábalas en Paris. Ángeles míos, mis pobres ángeles. Pasó el buen tiempo: tenéis cuarenta periódicos y ni una buena obra; la barbarie ha venido á fuerza de ingenio. Dios tenga piedad de los galos; pero quered siempre al viejo enfermo, que os ama, y compadeced á un siglo en que la ópera cómica triunfa de *Armida* y *Fedra*.

Vivis en medio de una nación extraviada que está sentada á la mesa del banquete desde hace ochenta años, y que pide al fin de la comida malos licóres, después de haber bebido en el primer servicio excelente vino de Borgoña.

En cuanto al viejo enfermo, no bebe más que tisanas.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

30 de Marzo de 1774.

Señora, lograréis de mí todo lo que queráis, excepto el hacerme ir á Paris. Á veces voy allá con la imaginación, porque allí estáis vos; pero la razón me dice que debo acabar mi vida en Ferney. Cuando uno ha perdido la mitad de su cuerpo y de su alma, hay que ocultarse á los ojos del mundo y dejar el puesto á la juventud. Hay y habrá siempre en Paris muchos jóvenes que hacen y harán muy lindos versos; pero no es bastante hacerlos buenos: les hace falta un no sé qué que obliga á retenerlos de memoria ó á volverlos á leer, sin lo cual cien mil buenos versos son trabajo perdido.

Estoy indignado desde hace algunos años de la prosa de Paris, y sobre todo de la prosa de los abogados, que hablan todos como maese Petit-Jean. Los escritos contra M. de Guines y M. de Richelieu, me han parecido el colmo del absurdo. El de M. de Richelieu era algo fastidioso, pero por lo menos muy razonable.

Espero que cuando mi joven tenga que hacer uno, podrá ser bastante interesante; pero probablemente esta pieza de teatro no se representará tan pronto.

Adiós, señora, distraeros, cenad, y sobre todo, digérid, dormid, disfrutad de la sociedad, de la que siempre seréis encanto. Dignaos conservarme siempre un poco de amistad, pues esto consuela á cien leguas de distancia.

Á M. DEVAINES

8 de Mayo de 1775.

Es digno de los bárbaros galos oponerse á los grandes designios de M. Turgot; y vos, que sois un verdadero francés, estáis tan indignado como yo por la estupidéz del pueblo. Los parisienses se parecen á los de Dijón que, alborotándose porque les faltaba pan, echaron al río doscientas fanegas de trigo. Los mismos dijoneses han escrito que el estilo de su paisano Crébillón era más flexible que el de Racine, y que Pirón era muy superior á Molière: todo eso es digno del siglo.

No tenemos aún en Ginebra el fárrago del ginebrino Nécker contra el mejor ministro que Francia ha tenido. Nécker se guardará muy bien de enviarme su quisi-cosa. Sabe demasiado que no soy de su parecer. Hace diecisiete años que tuve la dicha de poseer durante algunos días á M. Turgot en mi caverna. Me gustaba su corazón y admiraba su ingenio. Veo que ha satisfecho todas mis aspiraciones y esperanzas. El edicto del 13 de Septiembre me parece una obra maestra de la verdadera sabiduría y de la verdadera elocuencia. Si Nécker piensa y escribe mejor, creo desde este momento á Nécker el primer hombre del mundo; pero hasta el presente pienso como vos.

Estoy penetrado de vuestras bondades y de vuestra manera de pensar, de sentir y de expresaros.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Ferney, 17 de Mayo de 1775.

En medio de vuestra triste suerte, señora, sois la

mujer más feliz, puesto que os hacen provecho las confituras del rey de Marruecos; porque habéis de saber que en la mesa del rey de Marruecos se sirve la casia lo mismo que en las nuestras la jalea de grosella ó de manzana. Podéis estar segura que los temperamentos que tienen la digestión algo lenta y la inteligencia viva, y en quienes la casia produce buen efecto, duran de ordinario más largo tiempo que los cuerpos frescos regordetes.

La mejor prueba de esto es que yo vivo aún después de haber sufrido durante ochenta y un años casi sin descanso.

Dad la preferencia á la casia, puesto que Molière ha decidido que *la buena casia es buena*; pero alabándola como se merece, permitidme que os diga que no hay que despreciar por eso el ruibarbo.

Todos los médicos de la facultad, colegas míos, si tienen algo de filosofía, convendrán conmigo en que en la casia y en el ruibarbo obran los mismos principios. Las partes más volátiles y más picantes son las únicas que purgan. Confieso, porque hay que ser justo, que la casia, además de sus sales volátiles, tiene algo untuoso de que carece el ruibarbo, y por eso merece la preferencia; pero lo sublime de la medicina doméstica consiste, á mi parecer en consagrar un día al mes al ruibarbo.

Me quito mi toga de médico para hablaros de las *Hijas de Mineo*. Os juro que no he enviado estas tres parlanchinas á nadie. Es una indiscreción de Cramer que siento en el alma. Ya soy víctima de otras muchas, pues tal es mi destino.

Envío por vuestro conducto esta mala broma del difunto La Visclède á M. Delisle. No le costará nada, y á vos os costará un escudo, que no lo vale.

Desearia saber si habéis leído el libro de M. Nécker sobre los trigos. Hay muchos que dicen que se necesita gran aplicación para entenderlo y profundos conocimientos para contestarle.

Se ha publicado un escrito sobre la agricultura, que es mucho más corto y á veces más divertido: hasta contiene algunas verdades. Podría procurároslo dentro de algunos días. Ya que no puedo acercarme á vos, procuro distraeros desde lejos. Mi colonia exige continuamente mi presencia. Es una carga que hay que llevar y muy penosa. No penséis nunca en fundar nada si queréis tener tiempo de que disponer.

Una vez más, señora, apuremos las heces de nuestros últimos días tan suavemente como los primeros vasos sacados del tonel. No existe para nosotros otra filosofía. La paciencia y la casia son nuestros únicos recursos, y lo siento.

Madama Denis os da gracias por vuestras bondades: de buena se ha librado.

AL SEÑOR ABATE DUVERNET

Ferney, Junio de 1775.

No os enviaré, señor abate, las poesias hechas á honra y gloria mía. Estad muy persuadido de que más gustaría un epigrama contra mí, bueno ó malo, que cien elogios. La alabanza nos adormece, la sátira nos despierta; y el mundo está tan harto de versos, que hasta la misma sátira ha dejado de ser divertida. Tiene uno demasiado de todo en este siglo en que vivimos y hay muy pocas personas que piensen como vos.

No dejaré de presentaros mi memorial á los soberanos del teatro de la Comedia Francesa. No conozco

sino á Le Kain; pero todo lo intentaré con los demás, puesto que representan una obra nueva que yo les he regalado; y supuesto, sobre todo, que semejante obra, de la que no tienen la mejor opinión, no sea silbada del público, como todo me lo hace temer; porque no hay medio de imponer tasa, por ligera que sea á sus propias tropas cuando han sido batidas.

Estad muy persuadido, señor, de todos los sentimientos de que se halla animado hacia vos el viejo enfermo.

AL SEÑOR ABATE BAUDEAU

AUTOR DE LAS EFEMÉRIDES DEL CIUDADANO.

Nunca os agradeceré bastante, señor, la bondad que habéis tenido de enviarme vuestras *Efemérides*. Las verdades útiles están tan claramente enunciadas en ellas que aprendo siempre algo, aunque á mi edad sea uno de ordinario incapaz de aprender. La libertad del comercio de granos se halla tratada en ellas como debe serlo; y esta ventaja inestimable sería aún más grande, si el Estado hubiera podido emplear en canales de provincia á provincia la vigésima parte de lo que nos han costado dos guerras; la primera, completamente inútil, y la segunda, funesta. Si hay algo cuya necesidad se haya demostrado evidentemente, es la necesidad de la abolición de las prestaciones personales. Son ambos dos servicios esenciales que M. Turgot quiere prestar á Francia, y en esto su administración será superior á la del gran Colbert. He admirado siempre á este hábil ministro de Luis XIV, menos por lo que hizo que por lo que quiso hacer; porque ya sabéis que plan consistía en suprimir para siempre los arren-